

PALABRAS DE FORTALEZA DE LOS LABIOS DEL SALVADOR

**N.º 1287
UN SERMÓN
PREDICADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO, 2 DE ABRIL DE 1876
POR C. H. SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON**

«Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo».
2 Corintios 12:9

Pablo, cuando fue abofeteado por el mensajero de Satanás, dirigió su oración al Señor Jesucristo, y no, como solía hacer, al Padre celestial. Este es un hecho un tanto notable, pero queda claro por el pasaje que tenemos ante nosotros. Él dice: «Por esta cosa rogué al Señor tres veces» (2 Corintios 12:8), y que el Señor aquí es el Señor Jesús queda bastante claro por el hecho de que dice en el siguiente versículo: «para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9).

Su oración no fue dirigida a Dios considerado en absoluto, ni habla del poder de Dios, sino que su oración fue dirigida al Señor Jesucristo, y fue el poder del Señor Jesucristo el que deseaba que reposara sobre él. Es una prueba infalible de la divinidad de nuestro Señor que a Él se le pueda orar. Y este es un ejemplo, con varios otros, que nos muestran que podemos presentar legítimamente nuestras peticiones, no solo al Padre siempre bendito, sino también a Su Hijo Jesucristo.

Me parece que hay una idoneidad peculiar en una oración a Jesús cuando la tentación provenía de un mensajero de Satanás, porque el Señor Jesús ha soportado la misma tentación Él mismo, y sabe cómo socorrer a los que son tentados.

Además, Él ha venido a la tierra para destruir las obras del diablo. En Su vida manifestó un poder peculiar sobre los espíritus inmundos y los expulsaba constantemente de aquellos a quienes atormentaban. Fue una de Sus pocas notas de gozo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lucas 10:18). Fue por el nombre de Jesús que los demonios fueron expulsados después de que Cristo hubo resucitado a la gloria. «A Jesús conozco», dijeron los espíritus a quienes los hijos de Esceva intentaron en vano exorcizar (Hechos 19:15). Los demonios sintieron el poder de Jesús, y por lo tanto fue sabio y natural que el apóstol Pablo, al ser abofeteado por Satanás, se volviera a Jesús y le pidiera que el espíritu maligno se apartara de él.

También es bastante notable que esta oración no solo fue dirigida a Jesús, sino que fue ofrecida de una manera muy similar a la oración de nuestro Señor en el huerto. El apóstol oró tres veces, así como nuestro Señor lo hizo cuando Él también fue duramente abofeteado por los poderes de las tinieblas. El clamor repetido tres veces fue intensamente ferviente, porque «rogó» al Señor tres veces.

Y Pablo, singularmente, recibió una respuesta muy similar a la de su Maestro, porque a nuestro Señor no se le permitió apartar la copa (no podía pasar de Él a menos que la bebiera), pero un ángel se le apareció fortaleciéndolo, y así, en el caso de Pablo, la prueba no le fue quitada, sino que fue fortalecido con palabras amables y de seguridad, y al ser llevado a ver que Dios sería glorificado por su soportar la prueba.

Veo, entonces, al Señor Jesús reflejado en Su siervo Pablo como en un espejo. ¡Escucho la oración repetida tres veces, observo la copa que permanece sin ser quitada, y veo la fuerza impartida en medio de la debilidad!

Nuestro texto salió de los labios del mismo Jesucristo, y si algo pudiera hacer su lenguaje más dulce de lo que es en sí mismo, sería este hecho: que Él mismo entregó las palabras a Su apóstol escogido. Es Jesús quien dice en las palabras del texto: «Mi gracia te basta; mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9). Esta verdad arroja una luz suave y cálida sobre las palabras, nos ayuda a interpretarlas y nos permite derivar de ellas un consuelo aún mayor. Cuando Jesús habla, un encanto especial rodea cada sílaba.

El tiempo exacto de las palabras griegas no es fácil de traducir al inglés. El apóstol no se limita a decirnos que su Señor le dijo estas palabras catorce años atrás, sino que el tiempo conecta el pasado con el presente, como si sintiera que la respuesta no fue simplemente algo pasado, sino algo que continuó con él en su poder consolador. Los ecos de lo que su Señor había dicho todavía resonaban en su alma.

No me equivocaría en el significado del apóstol si lo leyera: «*Me ha estado diciendo: "Mi fuerza te basta"*». Las palabras tuvieron un efecto duradero en la mente del apóstol, no solo por el momento, reconciliándolo con el problema particular que lo había afligido, sino animándolo por el resto de su vida, obligándolo en todas las pruebas futuras a gloriarse en sus debilidades y a rendir alabanza a Dios.

Es dulce tener un texto de la Escritura aplicado al corazón para usos presentes, pero cuando Dios el Espíritu Santo aplica una promesa de tal manera que permanece en el corazón por el término de la vida natural de uno, entonces somos verdaderamente favorecidos. La carne de Elías le dio fuerza por cuarenta días, pero ¿qué es esa carne que permanece para vida eterna? ¿Qué pan debe ser aquel que me alimenta durante todo el período de mi peregrinaje? Aquí, entonces, tenemos ante nosotros

alimento que Jesús mismo provee, tan nutritivo que Su Espíritu puede hacer que recordemos el banquete hasta el día de nuestra muerte. Oh Señor, aliméntanos ahora y danos gracia para digerir internamente Tu palabra de gracia.

Con este prefacio, que les ruego que recuerden durante el discurso, ya que indica mi línea de pensamiento, llegamos ahora al texto en sí —una masa de diamantes, brillantes y preciosos—. En el texto notamos tres cosas: primero, gracia totalmente suficiente. Segundo, fuerza perfeccionada. Y tercero, poder residente.

I. En el texto, incluso el observador más superficial nota una promesa de GRACIA TOTALMENTE SUFICIENTE.

En el caso de nuestro Señor Jesús, el Espíritu reposó sobre Él de tal manera que le fue suficiente en todo momento. Nunca dejó el Espíritu de Dios de sostener al hombre Cristo Jesús bajo los trabajos más arduos, las tentaciones más terribles y el sufrimiento más amargo. Y por lo tanto, Él completó la obra que Su Padre le dio que hiciera, y en la muerte pudo exclamar: «Consumado es» (Juan 19:30). El Señor asegura aquí a Su siervo escogido que sería lo mismo con él: «Mi gracia», dice Él, «te basta».

Para desglosar el significado completo de estas pocas palabras, les daré cuatro lecturas de ellas. La primera es estrictamente gramatical y es el primer sentido que conllevan. Tomando la palabra traducida como gracia para significar favor o amor —porque eso también está incluido en la palabra *charis*—, ¿cómo se lee el pasaje? «Mi favor te basta». No pidas que te libren de tu problema, no pidas tener facilidad, consuelo o cualquier otra forma de felicidad —Mi favor es suficiente para ti—. O como lo lee el buen Dr. Hodge, «Mi amor te basta». Si tienes poco más que desees, sin embargo, ciertamente es suficiente que seas Mi favorecido, un sujeto escogido de Mi gracia.

«Mi amor te basta». ¡Qué expresión deliciosa! No necesitas una explicación. Repítanse las palabras a ustedes mismos, e incluso ahora conciban que el Bien Amado los mira y susurra: «Mi amor te basta». Si le han pedido tres veces que los libere de su aflicción presente, óiganle responder: «¿Por qué necesitan pedirme más? Mi amor es suficiente para ustedes».

¿Qué dicen a eso? ¿No responden: «Sí, Señor, en verdad lo es. Si soy pobre, si Tú quieres que sea pobre, me contento con ser severamente probado, porque Tu amor es suficiente para mí. Si estoy enfermo, mientras Tú vengas a visitarme y me reveles Tu corazón, estoy satisfecho, porque Tu amor es suficiente para mí. Si soy perseguido, echado y desamparado, lo soportaré alegremente, si un sentido de Tu amor me sostiene, porque Tu amor es suficiente para mí. Sí, y si me dejaran tan solo como para no tener a nadie que me cuide en todo el mundo, si mi padre y mi madre me abandonaran, y cada amigo resultara ser un Judas —Tu amor es suficiente para mí»?

¿Captan el significado, y ven cómo Pablo debe haber sido consolado por ello si lo entendió en este sentido primario y más natural? «Oh Pablo, es suficiente para ti que te haya hecho un vaso escogido para llevar Mi nombre entre los Gentiles. Es suficiente para ti que te haya amado desde antes de la fundación del mundo, que te haya redimido con Mi preciosa sangre, que te haya llamado cuando eras blasfemo y ofensivo, que haya cambiado tu corazón y te haya hecho amarme, y que te haya guardado hasta este día y te guardaré hasta el fin por Mi amor inimitable. Mi amor es suficiente para ti. No pidas ser liberado de este abofeteo. No pidas ser librado de la debilidad y la prueba, porque estas te permitirán disfrutar mejor de Mi favor, y eso es suficiente para ti».

Ahora leeremos nuestro texto de otra manera, manteniéndonos en nuestra versión autorizada, pero poniendo el énfasis en la primera palabra: «Mi gracia es suficiente para ti». ¿Qué gracia es esta? Noten quién es el que promete. Es Jesús quien habla. Por lo tanto, es gracia mediatorial, la gracia dada a Jesucristo como Cabeza del pacto de Su pueblo, la que se pretende aquí.

Piensen en ello un minuto. Es la Cabeza hablando al miembro, y declarando que su gracia es suficiente para todo el cuerpo. El aceite de la unción ha sido derramado sobre la Cabeza para que baje por la barba y descienda hasta los faldones, y he aquí, un pobre miembro del cuerpo se lamenta y se queja, pues teme ser omitido en la abundante unción, pero la Cabeza lo consuela diciendo: «Mi unción es suficiente para ti, ya que es suficiente para todos Mis miembros».

Es la Cabeza, Cristo, en quien toda plenitud habita, hablando a uno de los miembros de Su cuerpo místico y diciendo: «La gracia que Dios me ha dado sin medida en nombre de todos los miembros de Mi cuerpo es suficiente para ti, así como para el resto de ellos».

Amados, capten el pensamiento. El Señor ha entregado a Cristo todo lo que la compañía entera de Su pueblo pueda necesitar. Es más, «por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud» (Colosenses 1:19). Y de Su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia, y de esa plenitud esperamos sacar continuamente por siempre. Esta es la gracia que nos es suficiente.

Ayuda mucho a la fe cuando se puede ver la relación que existe entre el Redentor y uno mismo. Porque Jesús es su Cabeza del pacto, y a Dios le ha complacido entregarse a Sí mismo y todas Sus infinitas riquezas al Señor Jesucristo como su representante federal. Y como su Cabeza del pacto, el Señor Jesús les asegura que los tesoros guardados en Él en su nombre son suficientes para ustedes. ¿Pueden limitar el poder mediador de Cristo? ¿No saben que «Dios no da el Espíritu por medida» a Él (Juan 3:34)? Tengan, pues, la seguridad de que la gracia de Cristo es suficiente para ustedes.

Leeré el texto de nuevo, y esta vez pondré el énfasis en el centro. «Mi gracia es **suficiente** para ti». Ahora es suficiente. Eres abofeteado por este espíritu maligno, pero Mi gracia es suficiente para tu necesidad presente. Pablo, has sido golpeado con varas, y apedreado, y naufragado, y en peligros a

menudo, y en todo esto Mi gracia ha sido suficiente. Y ahora te digo que esta dificultad presente, aunque es algo diferente en forma al resto, es sin embargo tal que Yo soy capaz de afrontar. Mi gracia es suficiente para ti también en esto.

La cercanía de un objeto aumenta su volumen aparente, y así la aflicción bajo la cual estamos laborando actualmente parece mayor que cualquiera que hayamos conocido antes. Las pruebas pasadas, cuando las hemos superado, parecen haber sido cosas pequeñas en comparación con los problemas presentes, y por lo tanto la dificultad es ver la suficiencia de la gracia para las aflicciones presentes y apremiantes. Es fácil creer en la gracia para el pasado y el futuro, pero confiar en ella para la necesidad inmediata es verdadera fe.

Creyente, es *ahora* que la gracia es suficiente, incluso en este momento es suficiente para ti. No digas que este es un problema nuevo, o si lo dices, recuerda que la gracia de Dios es siempre nueva. No te quejes de que te ha sucedido algo extraño, o si lo haces, recuerda que las bendiciones se proporcionan en la gracia de Dios para satisfacer tus dificultades extrañas. No tiemblen porque el aguijón en la carne sea tan misterioso, porque la gracia también es misteriosa, y así el misterio será enfrentado por el misterio.

En este momento, y en todos los momentos que jamás ocurrirán entre ahora y la gloria, la gracia de Dios será suficiente para ti. Esta suficiencia se declara sin palabras limitantes, y por lo tanto entiendo que el pasaje significa que la gracia de nuestro Señor Jesús es suficiente para sostenerte, suficiente para fortalecerte, suficiente para consolarte, suficiente para hacer que tu problema te sea útil, suficiente para permitirte triunfar sobre él, suficiente para sacarte de él, suficiente para sacarte de diez mil como él, suficiente para llevarte a casa al cielo.

Cualquier cosa que sea buena para ti, la gracia de Cristo es suficiente para otorgarla. Cualquier cosa que te dañe, Su gracia es suficiente para evitarla. Cualquier cosa que desees, Su gracia es suficiente para dártela si es buena para ti. Cualquier cosa que quieras evitar, Su gracia puede protegerte de ella si así lo dicta Su sabiduría. Oh hijo de Dios, desearía que fuera posible poner en palabras esta omni-suficiencia, pero no lo es. Permítanme retractarme, me alegro de que no se pueda poner en palabras, porque si así fuera, sería finita, pero dado que nunca podemos expresarla, ¡gloria sea a Dios, es inagotable y nuestras demandas sobre ella nunca pueden ser demasiado grandes!

Aquí permítanme insistir en el agradable deber de llevar la promesa personalmente a casa en este momento, porque ningún creyente aquí necesita tener miedo, ya que para él también, en este mismo instante, la gracia del Señor Jesús es suficiente.

En la última lectura que daré, pondré el énfasis en la primera y la última palabra: «Mi gracia es suficiente para **ti**>». A menudo he leído en la Escritura acerca de la santa risa de Abraham, cuando

cayó sobre su rostro y rió. Pero no sé si alguna vez experimenté esa risa hasta hace unas noches, cuando este texto llegó a mí con tal poder sagrado que literalmente me hizo reír.

Lo había estado analizando, buscando su significado original e intentando sondearlo, hasta que finalmente lo entendí de esta manera: «*Mi gracia*», dice Jesús, «*es suficiente para ti*», y parecía casi como si estuviera destinado a ridiculizar mi incredulidad. Porque ciertamente la gracia de alguien como mi Señor Jesús es de hecho suficiente para un ser tan insignificante como yo.

Me pareció como si un pequeño pez, sediento, estuviera preocupado por el miedo de secar el río, y el Padre Támesis le dijera: «*Pobre pececito, mi corriente es suficiente para ti*». Yo diría que sí, e inconcebiblemente más. Mi Señor parecía decirme: «*Pobre criatura que eres, recuerda qué gracia hay en Mí y cree que es toda tuya. Ciertamente es suficiente para ti*». Yo respondí: «*Ah, mi Señor, en verdad lo es*».

Pongan un ratón en todos los graneros de Egipto cuando estaban más llenos después de siete años de abundancia, e imaginen a ese ratón quejándose de que podría morir de hambre. «*Ánimo*», dice Faraón, «*pobre ratón, mis graneros son suficientes para ti*».

Imaginen a un hombre de pie en una montaña diciendo: «*Respiro tantos pies cúbicos de aire al año. Temo que finalmente inhalaré todo el oxígeno que rodea el globo*». Ciertamente la tierra sobre la que el hombre estaría de pie podría responder: «*Mi atmósfera es suficiente para ti*». Yo lo creo. Que llene sus pulmones tanto como pueda, nunca respirará todo el oxígeno, ni el pez beberá todo el río, ni el ratón se comerá todas las provisiones en los graneros de Egipto.

¿No hace que la incredulidad parezca ridícula, de modo que la echan de la casa y dicen: «*Nunca más vengas por aquí, porque con una plenitud mediadora a la que recurrir, con un Redentor así en quien descansar, ¿cómo me atrevo por un momento a pensar que mis necesidades no pueden ser suplidas?*»?

Nuestro gran Señor alimenta a todos los peces del mar, y a las aves del aire, y al ganado en las colinas, y guía las estrellas, y sostiene todas las cosas por el poder de Su mano, ¿cómo entonces podemos estar limitados de provisiones, o desprovistos de ayuda? Si nuestras necesidades fueran mil veces mayores de lo que son, no se acercarían a la vastedad de Su poder para proveer. El Padre ha entregado todas las cosas en Su mano. No duden más de Él. Escuchen, y déjenle hablarles: «*Mi gracia es suficiente para ti. ¿Qué importa si tienes poca gracia? Yo tengo mucha, es a Mi gracia a la que debes mirar, no a la tuya, y Mi gracia ciertamente será suficiente para ti*».

John Bunyan tiene el siguiente pasaje, que expresa exactamente lo que yo mismo he experimentado. Él dice que estaba lleno de tristeza y terror, pero de repente estas palabras irrumpieron en él con gran poder, y tres veces seguidas las palabras resonaron en sus oídos: «*Mi*

gracia te basta; mi gracia te basta; mi gracia te basta» (2 Corintios 12:9). Y «¡Oh! pensé», dice él, «que cada palabra era una palabra poderosa para mí; como, *Mi y gracia, y suficiente y para ti*. Eran entonces, y a veces todavía lo son, mucho más grandes que otras».

El que sabe, como la abeja, cómo chupar miel de las flores, bien puede demorarse en cada una de estas palabras y beber un contentamiento inefable.

«¿Hemos olvidado el nombre omnipotente

Que formó la tierra y el mar;

¿Y puede un brazo todo creador

Cansarse o decaer?

«Tesoros de poder eterno

*En nuestro **JEHOVÁ** moran;*

Él da la victoria al débil,

Y pisa a sus enemigos al infierno.

«El mero poder mortal se desvanecerá y morirá,

Y el vigor juvenil cesará;

Pero nosotros, los que esperamos en el Señor,

Sentiremos que nuestra fuerza aumenta».

II. En segundo lugar, en el texto tenemos FUERZA PERFECCIONADA —«Porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Ahora, siguiendo el paralelo, todavía entre Jesús y Pablo, recuerden, amados, que así fue con nuestro Señor Jesucristo. Él era fuerte en cuanto a Su deidad, en Él habita toda fuerza, porque Él es el Dios poderoso. Pero ¿cómo se perfeccionó Su fuerza como Mediador? La Escritura dice: «perfeccionado por medio de los padecimientos» (Hebreos 2:10). Es decir, la fuerza de Cristo para salvar a Su pueblo nunca se habría perfeccionado si Él no hubiera tomado sobre Sí la debilidad de la naturaleza humana, y si no hubiera descendido más y más bajo en debilidad en esa naturaleza frágil. Si se hubiera salvado a Sí mismo, no podría habernos salvado a nosotros, pero Su renuncia a todo lo que tenía, lo hizo rico para con nosotros, y Su revestirse de debilidad lo hizo fuerte para redimirnos.

Oh Dios encarnado, no pudiste redimir hasta que fuiste envuelto como un bebé en Belén. No, no pudiste redimir hasta que fuiste hecho para cargar una cruz como un criminal. No, no pudiste perfeccionar la redención hasta que pendiste como un cadáver espantoso en un patíbulo. No, era incluso esencial que fueras puesto en la tumba. Tu obra no se cumplió hasta que por tres días y tres noches permaneciste en el corazón de la tierra entre los muertos. El Señor Jesús pudo decir: «Mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9). Esto debía realizarse en Pablo, y debe cumplirse en todos los santos.

Por supuesto, la fuerza de Dios es siempre perfecta. No entendemos que algo sea necesario para perfeccionar el poder divino, pero las palabras salieron de los labios de Jesús como nuestro Mediador y Representante, y es Su fuerza la que se perfecciona en la debilidad.

En nosotros esto es cierto, primero, porque el poder de Jesús solo puede revelarse perfectamente en Su pueblo al sustentarlos, guardarlos y sostenerlos cuando están en problemas. ¿Quién conoce la perfección de la fuerza de Dios hasta que ve cómo Dios puede hacer fuertes a criaturas pobres y débiles?

Allá está una mujer tímida y enfermiza que vive una vida de agonía. Casi cada aliento es un espasmo y cada pulso, una punzada. Cada miembro de su cuerpo está sujeto a torturas que otros apenas sueñan. ¡Pero mira su alegre paciencia! En la medida de lo posible, oculta su dolor para no angustiar a los demás. No oyes ni un murmullo de queja, pero a menudo pronuncia palabras tan alegres como las que salen de personas con salud robusta. Y cuando debe hablar de sus aflicciones, siempre lo hace en un tono tal que sientes que las ha aceptado de las manos del Señor con completa resignación, y está dispuesta a soportarlas cuantos años el Señor disponga.

No me asombro cuando hombres fuertes dicen cosas fuertes, pero a menudo me he maravillado al escuchar frases tan heroicas de los débiles y temblorosos. Oír a los afligidos consolar a otros, cuando uno pensaría que ellos mismos necesitaban consuelo. Observar su alegría, cuando si tú y yo sufriéramos la mitad, nos habríamos hundido en la tierra —esto es digno de mención.

La fuerza de Dios se revela perfectamente en las pruebas de los débiles. Cuando ves a un hombre de Dios sumido en la pobreza, y sin embargo en esa pobreza nunca se queja. Cuando oyes su carácter asaltado por la calumnia, y sin embargo permanece impasible como una roca en medio de las olas. Cuando ves al hombre de gracia perseguido y expulsado de su hogar y país por causa de Cristo, y sin embargo él acepta con alegría el despojo de sus bienes, el destierro y la deshonra —entonces la fuerza de Dios se perfecciona en medio de la debilidad.

Mientras el hombre de Dios sufre, y está bajo necesidades, angustias y flaquezas, es entonces cuando se ve el poder de Dios. Fue cuando pequeñas criaturas hicieron temblar al Faraón que sus

magos dijeron: «*Este es el dedo de Dios*», y para siempre la mayor gloria de Dios proviene de las cosas débiles y despreciadas.

Esto es igualmente cierto para el propio hombre. La fuerza de Dios se perfecciona a la propia comprensión del santo cuando este es débil.

Hermanos, si han prosperado en los negocios toda su vida y han tenido un camino fácil, les diré algo: No saben mucho acerca de la fuerza de Dios. Si han estado sanos toda su vida y nunca han sufrido, si sus familias nunca han sido visitadas por el luto, y si sus espíritus nunca han sido abatidos, no saben mucho acerca de la fuerza de Dios.

Puede que hayan leído al respecto en libros, y está bien que así sea. Puede que lo hayan visto en otros, y la observación es útil. Pero un grano de experiencia vale una libra de observación, y solo pueden adquirir conocimiento del poder de Dios mediante un conocimiento experimental de su propia debilidad, y no es probable que lo obtengan a menos que sean conducidos por el camino espinoso y pedregoso que la mayoría de los santos de Dios deben recorrer, el cual es descrito por la palabra «*tribulación*».

Una gran tribulación saca a relucir la gran fuerza de Dios. Si nunca sienten conflictos internos y un hundimiento del alma, no saben mucho del poder sustentador de Dios. Pero si descienden, descienden, a las profundidades de la angustia del alma hasta que el abismo amenaza con cerrar su boca sobre ustedes, y entonces el Señor cabalga sobre un querubín y vuela, sí, cabalga sobre las alas del viento y libra su alma, y los arrebató al tercer cielo de deleite, entonces perciben la majestad de la gracia divina. Oh, debe haber la debilidad del hombre, sentida, reconocida y lamentada, o de lo contrario la fuerza del Hijo de Dios nunca se perfeccionará en nosotros.

Así les he dado dos significados del texto. Otros ven la fuerza de Dios en nuestra debilidad, y nosotros mismos la descubrimos cuando nuestra debilidad es más manifiesta.

Creo que el término «*se perfecciona*» también significa que logra su propósito. Léanlo así: «*Porque Mi fuerza logra plenamente Su designio en la debilidad*». Hermanos, Dios no ha hecho por nosotros lo que Él se propone hacer, a menos que hayamos sentido nuestras propias debilidades; mientras quede una porción de fuerza, solo estamos *parcialmente santificados*. Cuando nuestro Señor haya logrado en nosotros lo que Él busca, el resultado será vaciarnos y hacernos descubrir la *total vanidad del yo*.

Si el Señor alguna vez los toma como un plato y los voltea, los limpia a fondo y los pone en una estantería, entonces sentirán lo que Él quiere que sientan. Es decir, sentirán como si estuvieran esperando que el Señor los baje y los use, y entonces, *tengan por seguro*, Él vendrá a su debido

tiempo y los usará para Sus propósitos honorables, poniendo alimento sobre ustedes para Su pueblo hambriento y haciéndolos un adorno en Sus banquetes de amor.

Si se sienten un plato lleno, les diré lo que hay en ustedes: no contienen más que los desperdicios y la inmundicia de la naturaleza depravada. El Señor nunca los usará hasta que todo eso sea derramado, y sean limpiados por completo, y guardados sin que quede nada de ustedes mismos en lo que puedan gloriarse.

Todos los santos que están listos para ir al cielo se sienten *menos que el menor*. Pero aquellos que profesan y de ninguna manera están listos para la gloria son muy conscientes de sí mismos y sienten que hay mucho en ellos que es muy encomiable. Los que entran al cielo no llevan nada del yo consigo, ni tampoco ninguno de nosotros entrará allí mientras hablemos con orgullo de nuestros logros. Aquellos que afirman poseer «*la vida superior*» han sido oídos jactarse de su pureza, pero aquellos que disfrutaban de la vida más alta en gloria claman: «*¡No a nosotros! ¡No a nosotros sea la gloria!*»

Es una señal de aptitud para el cielo cuando el yo está muerto y solo la gracia reina. La fuerza de Dios nunca se perfecciona hasta que nuestra debilidad se perfecciona. Cuando nuestra debilidad es sentida consciente y profundamente, entonces la fuerza de Dios ha hecho Su obra en nosotros.

Hay aún otro significado. La fuerza de Dios se perfecciona o glorifica más al usar nuestra falta de fuerza. Supongamos que el mundo hubiera sido convertido a Cristo por doce emperadores. El establecimiento del cristianismo podría haberse explicado fácilmente sin glorificar a Dios. Imaginen que el cristianismo hubiera sido impuesto a los hombres con los argumentos severos que Mahoma puso en las manos de sus primeros discípulos, la gloria habría redundado en el coraje humano y no en el amor de Dios.

No nos asombra que los dioses de los paganos fueran derribados al suelo cuando las cimitarras eran tan afiladas y empuñadas por guerreros tan feroces. Pero cuando sabemos que doce humildes pescadores, sin armas ni armadura, sin patrocinio ni prestigio, sin ciencia ni sofistería, derribaron sistemas colosales de error y establecieron la cruz de Cristo en su lugar, exclamamos con adoración: «*¡Este es el dedo de Dios!*» Y así, el otro día, cuando el Señor tomó a un humilde zapatero consagrado y lo envió a Indostán, cualquier obra realizada por William Carey fue evidentemente vista como obra del Señor.

Si las sociedades enviaran a académicos distinguidos, algunos piensan que, con toda probabilidad, la inteligencia pagana reconocería habilidades y genio, y los respetaría. Y convencidos por el razonamiento e influenciados por el talento, se inclinarían ante una cultura occidental superior. Sí, y así serían convertidos por una conversión en la que el Señor no sería glorificado, sino que el hombre orgulloso recibiría la alabanza. ¿De qué manera aumentaría eso la gloria de Dios?

Dios usa la debilidad en lugar de la fuerza, y así Su poder se revela. Todo lo que tienes de fuerte, hermano mío, será de poca utilidad en este asunto, porque el Señor no exaltará tu fuerza ni te hará sentir orgulloso de tus logros. Tu debilidad y tus enfermedades, con toda probabilidad, el Señor considerará oportuno usarlas, porque Él se deleita en tomar las cosas viles y las cosas despreciadas, y usarlas para lograr Sus propósitos, para que la excelencia del poder sea *toda Suya*.

Permítanme señalar por último en este punto, que toda la historia muestra que la gran fuerza de Dios siempre ha sido mostrada y perpetuada en la debilidad humana.

Hermanos, ¿qué hizo a Cristo tan fuerte? ¿No fue que Él condescendió a ser tan débil? ¿Y cómo ganó Su victoria? Por Su paciencia, por Su sufrimiento; es decir, por aquellas cosas en las que apareció Su debilidad humana.

Ahora, miren a Cristo místico, es decir, a la iglesia. ¿Cómo ha sido fuerte la iglesia? Por supuesto, ustedes responden: «*¡Por la fuerza de Dios!*» Lo sé, pero ¿qué ha hecho surgir la fuerza de Dios para que haya sido innegablemente manifiesta y, consecuentemente, operativa sobre la humanidad? ¿Ha sido la fuerza de la iglesia? No, sino la debilidad de la iglesia, porque cuando los hombres han visto a los creyentes sufrir y morir, es entonces cuando han contemplado la fuerza de Dios en Su pueblo.

Los sufrimientos de los santos han sido las victorias de la verdad. Los mártires encabezaron la vanguardia. Ellos sufrieron más, y consecuentemente son los campeones del ejército elegido. La debilidad que permitió que estuvieran desamparados, afligidos, atormentados, ha sido el hacha de guerra y las armas con las que el Señor ha conseguido la conquista para el Evangelio.

Cuando uno de los pastores de una iglesia en Londres fue ejecutado en Smithfield una madrugada, antes de que el sol derritiera la escarcha, un número de jóvenes que acostumbraban a escuchar sus enseñanzas se encontraban alrededor de la hoguera. ¡Qué cosa tan extraña para jóvenes creyentes levantarse tan temprano para ver a su pastor quemado hasta la muerte!

¿Para qué creen que estaban allí? Ninguna curiosidad ociosa podría haberlos llevado a tal espectáculo. Está escrito que fueron allí para *aprender el camino*. ¿Lo ven? Lo vieron arder y vinieron con esa intención: *aprender el camino para morir por Cristo ellos mismos*.

La iglesia de Roma no pudo hacer nada con un pueblo que de la debilidad que los obligaba a sufrir, *sacó fuerzas para morir triunfalmente*. La debilidad del mártir mientras sufría reveló la fuerza de Dios en él, que lo mantuvo firme en sus principios mientras era gradualmente consumido por las llamas crueles. Si los hombres no hubieran sido pobres gusanos, capaces de ser aplastados y de sufrir agonías, la gracia sustentadora de Dios nunca se habría revelado de manera tan *notable*.

¡Bendito sea el nombre del Todopoderoso! Él exhibe Su poder en nuestra debilidad, así como resplandeció en medio de la *zarza ardiente*. Él habló, ¡y he aquí! los cielos y la tierra surgieron. ¡Una

creación maravillosa! Pero entonces no hubo nada que se opusiera al *fiat* de Su poder; Su Palabra todopoderosa no fue obstaculizada por el uso de *instrumentalidades débiles*. ¿Cómo, entonces, ha de mostrar Dios un poder aún mayor? ¿Cómo se verá la omnipotencia o *todo tipo de poder*?

Pues bien, hermanos, Él no usará solo Su Palabra *sin restricciones*, sino que la *atastará y estorbará* al usar instrumentos *enfermos y débiles*. Él en el Reino de la gracia obrará por medio de hombres rodeados de flaquezas, y logrará Sus propósitos mediante *agencias en sí mismas inadecuadas* para Sus fines, y entonces Su poder se verá *doblemente*.

El célebre Quentin Matsys tuvo que hacer una tapa de pozo de hierro una mañana. Era un maestro en el arte de forjar metal y podía darle forma como si fuera cera. Sus compañeros de trabajo estaban celosos, y por lo tanto le quitaron las herramientas adecuadas, y sin embargo, con su martillo, produjo una obra de arte inigualable. Así, el Señor, con instrumentos que no Le prestan ayuda, sino que más bien Lo obstaculizan, realiza obras de gracia aún mayores para Su propia gloria y honor.

Él nos toma a nosotros, pobres *nadas* que somos débiles como el agua, y nos usa para lograr Sus designios, y esta es Su *omnipotencia gloriosamente desplegada*. La omnipotencia, cuando hace lo que quiere con Su sola palabra, es una cosa, pero cuando toma la debilidad en alianza con ella y realiza Sus poderosos actos por medio de la debilidad, cuenta por dos y por la debilidad se manifiesta *doblemente*.

III. El poder morando en nosotros

El Dr. Adam Clarke nos proporciona aquí, sobre la última parte de nuestro texto, una observación muy útil: «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo repose sobre mí» (2 Corintios 12:9). Ahora, fíjense, la palabra griega aquí usada, interpretada como «*reposar*», es la misma palabra empleada por Juan cuando dice: «Y el Verbo se hizo carne, y» —como dice el griego— «tabernaculizó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14).

El pasaje que tenemos ante nosotros significa precisamente esto: «Me glorí en mis flaquezas para que el poder de Cristo more en mí» (2 Corintios 12:9). Así como la luz de la *Shekiná* habitó en la tienda en el desierto bajo las toscas pieles de tejón, así me glorí en ser una pobre y frágil tienda y tabernáculo, para que la *Shekiná* de Jesucristo pueda habitar en mi alma. ¿Captan la idea? ¿No está llena de belleza?

Veán, entonces, lo que quiere decir: Primero, pone el poder de Cristo en oposición a su propio poder, porque si no es débil, entonces tiene una fuerza propia. Si entonces lo que hace es hecho por su propia fuerza, no hay lugar para la fuerza de Cristo. Eso está claro, pero si su propio poder se ha ido,

hay espacio para el poder de Cristo. Si mi vida es sostenida por mi propia fuerza, y mis buenas obras son hechas por mi propia fuerza, entonces no hay lugar para la fuerza de Cristo. Pero el apóstol descubrió que no era así, y por lo tanto dijo: «Me glorío en mi falta de fuerza, para que el poder de Cristo more en mí» (2 Corintios 12:9).

¿Pero cuál es el poder de Cristo? Que el texto que cité les diga: «La gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14). ¿Qué poder, entonces, era este que Pablo esperaba que morara en él sino el poder de la gracia y el poder de la verdad? Así debe ser, porque Dios había dicho: «Bástate Mi gracia» (2 Corintios 12:9). Pablo se aferra a esa promesa y clama: «*Esto es verdad, y confío en ello*». Y por lo tanto, espera que la gracia de Dios y la fidelidad de Dios habiten en él y resplandezcan dentro de su alma. Este es el poder de Cristo que esperaba que reposara sobre él. ¿Qué más podríamos desear?

¿Cuál es el poder de Cristo? Respondo a continuación: es un *poder crístico*, el tipo de poder que es conspicuo en la vida de Jesús. Había un poder en Cristo peculiar a Él mismo, como todos pueden ver quienes leen el Nuevo Testamento, un poder *único y enteramente Suyo*.

Saben cuál era el poder de Alejandro: era el poder de *mandar hombres*, de inspirarlos con coraje para grandes empresas y mantenerlos de buen ánimo cuando eran llamados a soportar dificultades.

Saben cuál era el poder de Demóstenes: era el poder de la *elocuencia*, el poder de *agitar a los griegos patriotas*, de *romper las cadenas del macedonio*.

¿Pero cuál era el poder de Jesús? Era el poder de *sufrir*, el poder de *ser hecho nada*, el poder de *descender a las profundidades mismas* por amor de Dios y amor de los hombres. Ahí residía Su poder: en esas cinco *heridas conquistadoras*, en ese *rostro majestuoso y afligido*, más desfigurado que el de cualquier hombre, en ese *gran corazón agonizante* que derramó sudor de sangre cuando se intercedía por los hombres ante el Señor.

El *amor y la paciencia* fueron el poder de Cristo, y aun ahora estos *subyugan los corazones de los hombres* y hacen de Jesús el sufriente, Jesús el Rey. Por lo tanto, Pablo dice: «Me glorío en mis flaquezas para que este mismo poder more en mí (2 Corintios 12:9). Triunfo en la debilidad, en los oprobios, en la pobreza, en las persecuciones, en las angustias, por causa de Cristo, para poder sufrir, humillarme, ser obediente y probar mi amor a Dios tal como lo hizo Jesús. Cuando soy débil, entonces soy fuerte» —fuerte para probar su amor soportando las debilidades y aflicciones que acepto por amor a mi Maestro.

¿Cuál era este poder de Cristo? Respondo de nuevo, era parte de «*todo poder*» que nuestro Señor declaró Le fue dado en el cielo y en la tierra: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones» (Mateo 28:18-19). Pablo deseaba tener ese poder morando en sí mismo, porque sabía muy bien que si

tenía que «*ir y enseñar a todas las naciones*» tendría que sufrir al hacerlo, y así acepta el sufrimiento con alegría, para poder tener el poder. Así como bajo las pieles de tejón del tabernáculo la gloria del Señor resplandeció, así el *poderoso poder de conversión de Cristo* que habitaba en Pablo fue gloriosamente revelado mientras soportaba oprobios y persecuciones, sufrimientos y muerte por causa de Jesús.

¿Cuál era de nuevo el poder de Cristo? Respondo, para completar mi sermón: Su poder radicaba en Su debilidad, Su humillación, Su dependencia de Dios, Su fe en Dios, Su abnegación, Su perfecta consagración al Padre. Y Pablo dice que fue hecho para sufrir y para ser débil, para que este mismo poder de *llegar a ser nada* para que Dios sea glorificado, pudiera reposar en él.

He terminado al decir esto. Queridos hermanos y hermanas, vayan a casa y nunca le pidan al Señor que los haga *fuertes en sí mismos*, nunca le pidan que los haga *alguien o algo*, sino conténtense con ser *nada y nadie*. Luego, pidan que Su poder tenga espacio en ustedes, y que todos los que se acerquen a ustedes puedan ver lo que Dios puede hacer por medio de *nadas y nadie*. Vivan con este deseo: *glorificar a Dios*.

A veces, cuando Dios nos honra en Su servicio, un gran «Yo» se interpone en el camino del Señor. Tiemblen cuando vean a un predicador pobre y débil hacerse útil en la conversión de almas, entonces todos los periódicos y revistas comienzan a divulgar su nombre, y los cristianos necios —porque hay muchos de ellos— comienzan a alabarlo como si fuera un semidiós, y dicen cosas tan grandes sobre él, y lo describen como *sabio, elocuente y grande*. Así hacen todo lo posible para arruinar al buen hermano.

Si el hombre es sensato, dirá: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!; porque no pones la mira en las cosas de Dios» (Mateo 16:23). Y si Dios le da gran gracia, se retirará cada vez más al segundo plano, y se humillará más y más ante su Dios. Pero si una vez logran que un hombre se sienta *grande y bueno*, o bien ocurrirá una caída, o el poder de Dios se retirará de él, o de alguna otra manera el Señor hará sentir a Su pueblo que Su gloria *Él no la dará a otro*.

Los mejores de los hombres son *carne y sangre*, y no tienen poder sino en la medida en que Dios les presta poder, y Él les hará saber y sentir esto. Por lo tanto, no exalten a otros ni se exalten a sí mismos, sino suplicad al Señor que los haga y los mantenga *la debilidad misma*, para que en ustedes Su poder pueda ser manifestado. Dios conceda que así sea, por amor de Cristo. Amén.

PORCIONES DE LAS ESCRITURAS LEÍDAS ANTES DEL SERMÓN—

2 CORINTIOS 11:5-24 Y 12:1-9

HIMNOS DE «NUESTRO PROPIO HIMNARIO»—909, 681, 745

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit C. H. Spurgeon Collection. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, el uso de puntuación, la capitalización de los pronombres de la Deidad y una actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido es íntegro. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en www.spurgeongems.org.